

4 – Lealtad

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez

Jeremías 42: 5 = Y ellos dijeron a Jeremías: Jehová sea entre nosotros testigo de la verdad y de la lealtad, si no hiciéremos conforme a todo aquello para lo cual Jehová tu Dios te enviare a nosotros. Queda claro por si se te

había olvidado. Dios será siempre testigo de tu lealtad, con él o con quien debas en la tierra. La Nueva Traducción

Viviente lo dice así: **Ellos dijeron a Jeremías: —¡Que el Señor tu Dios sea fiel testigo contra nosotros si rehusamos obedecer todo lo que él nos diga que hagamos!** Aquí está fielmente relacionada con la obediencia. **La lealtad**

es una palabra breve, pero con un peso existencial enorme. No es una emoción pasajera ni una virtud decorativa: es una decisión sostenida en el tiempo. En un mundo donde lo inmediato, lo útil y lo descartable parecen regir muchas

relaciones, la lealtad aparece casi como una resistencia silenciosa. No hace ruido, no busca aplausos, pero sostiene lo

que de otro modo se derrumbaría: vínculos, compromisos, identidades y, en el plano espiritual, la relación entre el ser

humano y Dios. Desde una mirada bíblica, la lealtad no es solo fidelidad externa; **es coherencia interna**. No se trata de

cumplir por obligación, sino de **permanecer por convicción**. Hay una diferencia profunda entre quien “aguanta” y quien “permanece”. El primero resiste porque no le queda otra; el segundo elige quedarse porque ha encontrado sentido. En

ese punto, la lealtad se vuelve una forma de amor en acción. En las Escrituras, la lealtad aparece muchas veces

entrelazada con la idea de pacto. Y un pacto no es un contrato comercial donde se calculan beneficios: es un

compromiso donde la palabra tiene valor incluso cuando las circunstancias cambian. La lealtad, entonces, no depende

del clima emocional ni de la conveniencia del momento. **Es más parecida a una raíz que a una hoja: no se ve tanto,**

pero sostiene todo. Llevando esto a la vida cotidiana, la lealtad se pone a prueba en cosas muy simples. No hace falta

una gran crisis para medirla. Se manifiesta en cómo hablamos de alguien cuando no está presente, en si cumplimos lo

que prometemos, aunque nadie nos controle, en si somos capaces de sostener a otros cuando ya no nos resultan “útiles”.

En un entorno social donde muchas veces se valora más la rapidez que la profundidad, ser leal puede parecer una

desventaja. Pero en realidad es una forma de sabiduría: **lo que es sólido tarda más en construirse**. Ahora bien, ser leal

no significa ser ingenuo. No implica tolerar abusos ni justificar lo injustificable. Aquí aparece un punto clave: **la lealtad**

bíblica no es ciega, es consciente. Está alineada con la verdad. De hecho, una de las formas más genuinas de lealtad

es decir la verdad con amor, incluso cuando incomoda. Porque la lealtad **no busca quedar bien, sino hacer bien**.

En el evangelio del Reino de Dios, la lealtad adquiere un matiz todavía más profundo. No es solo una virtud humana, sino

una respuesta a la fidelidad divina. Dios es presentado como alguien constante, firme, que no abandona su propósito a

pesar de las fallas humanas. Esa fidelidad no es fría ni distante: es cercana, paciente, activa. Y frente a eso, la lealtad del

creyente no es un esfuerzo aislado, sino una respuesta agradecida. Hay algo profundamente transformador en entender

que la lealtad no nace del miedo a perder algo, sino del reconocimiento de un valor. Cuando alguien descubre el valor del

Reino de Dios, la lealtad deja de ser una carga y se convierte en una consecuencia natural. No porque todo sea fácil, sino

porque hay una convicción que sostiene. Socialmente, la lealtad tiene un impacto enorme. En tiempos donde la

desconfianza puede volverse norma, una persona leal genera un espacio distinto. **No es perfecta, pero es confiable**.

Y eso, aunque suene simple, es revolucionario. La confianza es uno de los bienes más escasos en muchas sociedades

actuales. Y la lealtad es su principal fuente. En lo ideológico, es importante mantener un equilibrio. La lealtad no debe

confundirse con fanatismo. **El fanatismo anula el pensamiento crítico; la lealtad lo integra**. Una persona leal puede

cuestionar, reflexionar, crecer. No necesita negar la realidad para sostener su compromiso. De hecho, una lealtad madura

se fortalece cuando atraviesa preguntas difíciles. Un detalle interesante es que la lealtad también se aprende. No es solo una cualidad innata. Se cultiva. Y como todo cultivo, requiere tiempo, paciencia y práctica. No se trata de hacer grandes declaraciones, sino de pequeñas decisiones repetidas. Cumplir un compromiso, llegar a tiempo, escuchar de verdad, no abandonar ante la primera dificultad. Son cosas simples, pero acumulativas. Y sí, también hay lugar para el humor en todo esto. Porque la lealtad no es solemnidad permanente. A veces, ser leal implica quedarse en una conversación incómoda, acompañar a alguien en un mal día o incluso reírse juntos cuando nada sale como se esperaba. La lealtad sabe que la vida no es perfecta, y por eso no exige perfección para permanecer. Un recurso práctico para desarrollar lealtad es revisar las propias palabras. ¿Prometo más de lo que puedo cumplir? ¿Digo "sí" por compromiso y luego me arrepiento? Ajustar el lenguaje es un primer paso. Otro recurso es identificar qué valores realmente sostienen la vida de uno. La lealtad no puede sostener todo; necesita un eje. En el marco del evangelio del Reino de Dios, ese eje es claro: **amar a Dios y al prójimo**. Todo lo demás se ordena alrededor de eso. También es útil practicar la lealtad en lo pequeño. No hace falta esperar grandes desafíos. Ser constante en lo cotidiano entrena el carácter para momentos más complejos. Es como un músculo: si no se usa, se debilita. Si se ejercita, responde mejor cuando se lo necesita. Hay una imagen muy poderosa en la idea de la lealtad: la de alguien que permanece cuando otros se van. No por terquedad, sino por convicción. En una cultura que muchas veces valora la novedad constante, la permanencia puede parecer aburrida. Pero en realidad es profundamente creativa. Porque sostener algo en el tiempo implica reinventarse, adaptarse, crecer sin perder la esencia. En el plano espiritual, la lealtad también implica confianza. No siempre se entienden los procesos, no siempre las respuestas son inmediatas. Pero hay una decisión de seguir creyendo. No desde la negación de la realidad, sino desde la certeza de que hay un propósito mayor. Esa confianza no es ingenua; es una forma de ver más allá de lo inmediato. Y aquí aparece un punto central: la lealtad no es perfecta. Hay caídas, errores, momentos de duda. Pero lo que la define no es la ausencia de fallas, sino la disposición a volver. A retomar. A seguir. En ese sentido, la lealtad tiene algo de resiliencia: no se quiebra ante la primera dificultad, sino que aprende a recomponerse. En lo humano, todos valoran la lealtad... hasta que cuesta. Porque mientras es fácil, nadie la cuestiona. Pero cuando implica renunciar a algo, cuando exige paciencia, cuando no hay reconocimiento inmediato, ahí se revela si es real o solo una idea bonita. Por eso, la lealtad está profundamente conectada con la identidad. No es solo algo que se hace, es algo que se es. Una persona leal no actúa así ocasionalmente: lo integra a su forma de vivir. Y eso genera una coherencia que, aunque no siempre sea visible, se percibe. En el mensaje del Reino de Dios, la lealtad encuentra su máxima expresión en la encarnación de la palabra: no es solo discurso, es vida. No se trata de repetir conceptos, sino de vivirlos. Y ahí está el verdadero desafío: hacer que la lealtad deje de ser una idea abstracta y se vuelva una práctica cotidiana. En términos simples, **la lealtad es elegir permanecer cuando sería más fácil irse, decir la verdad cuando sería más cómodo callar, sostener cuando sería más liviano soltar**. No siempre es la opción más rápida ni la más cómoda, pero sí la más significativa. Y, como cierre, una idea que resume todo: la lealtad no garantiza una vida sin conflictos, pero sí **una vida con sentido**. Porque en un mundo cambiante, donde muchas cosas van y vienen, la lealtad se convierte en un ancla. No para quedarse quieto, sino para no perder el rumbo. Quizás no sea la virtud más visible, ni la más celebrada en redes sociales, pero es una de las más necesarias. Y cuando se vive desde una fe firme en el evangelio del Reino de Dios, deja de ser solo una cualidad humana para convertirse en un reflejo de algo mucho más grande: **una fidelidad que no se agota, que no se rinde y que sigue creyendo, incluso cuando todo invita a lo contrario**.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments
